

El encanto de sentir

Valeria Lasso Benavides

Egresada del Programa de Derecho

Hace aproximadamente 100 años, en una ciudad llamada 'Feelland', una mujer llamada Sarah y un hombre cuyo nombre era Rafael, tuvieron una hija a quien decidieron nombrar 'Juliana'.

El día que Juliana nació, un hada madrina apareció de sorpresa y les dijo a sus padres que cada niño al nacer recibía un encantamiento, pero que eran ellos quienes debían decidir cuál aplicarle a su hija. Así, Sarah y Rafael comenzaron a conversar:

- Lo que yo quiero es que mi hija nunca se ponga triste - dijo Sarah.

- Exactamente - respondió Rafael - que jamás derrame ni una sola lágrima. Volvieron con el hada madrina y el papá de Juliana le dijo:

-Queremos que hagas un encantamiento para que nuestra hija no sufra jamás.

-Oh! - exclamó el hada madrina, y continuó diciendo: no existe ningún truco para evitar únicamente la tristeza; pero, si eso es lo que desean, tendré que quitarle todas sus emociones. Pero, ¿están seguros? —preguntó— porque si lo hago, su hija nunca más podrá sentir NADA.

- Mucho mejor - dijo Sarah; así vivirá sin tanto revoloteo de las emociones.

- Está bien - respondió el hada madrina y, dirigiéndose a la bebé, agitaba su varita mágica mientras repetía varias veces las siguientes palabras: "ni

alegría, ni tristeza, ninguna de esas, ni terror ni interés, de eso no me des, solo calma tendré y nada más sentiré”.

Después de esas palabras, la bebé, quien antes estaba llorando muy fuerte, cambió sus lágrimas por un gesto de total calma; entonces, su papá dijo:

-Genial; ha funcionado; es lo mejor que hemos podido decidir para nuestra hija. A lo que el hada madrina respondió:

-Eso espero; de lo contrario, solo Juliana podrá revertir o eliminar el encantamiento, pero únicamente cuando cumpla seis años; antes nadie podrá cambiarlo.

El hada madrina desapareció sin más.

Juliana fue creciendo, conoció las flores, pero no llamaron su atención; vio por primera vez el mar, pero nada le causó; observó una película muy graciosa, pero ni una risa le sacó; nunca se ponía triste, pero tampoco sonreía jamás; incluso cuando jugaba, su cara permanecía igual: mirada fija y boca completamente cerrada, sin ningún tipo de gesto.

Los intentos para que Juliana sonriera fallaban una y otra vez; parecía imposible, porque actuaba como un robot a quien nada le sorprendía; y peor aún, a nadie quería; no podía sentir amor; no podía salir de su boca un “te quiero” y tampoco lo entendía cuando sus padres o demás personas se lo decían.

Con ansias de conocer la risa de Juliana, los padres buscaron al hada madrina para decirle que cambiaban de opinión y pedirle que revirtiera el encantamiento, y así, Juliana pudiera volver a sentir, pero no lograron encontrarla.

Así, pasaron los días, meses y años, sin emoción, hasta que Juliana cumplió seis años; ese día, al despertar toda su familia, estaba con sorpresas a su lado, pero ella no podía sentirlo, hasta que apareció el hada madrina y le dijo:

- Juliana: tú, hasta ahora no sabes qué son las emociones, pero hoy puedes decidir sentir las.

- —Me da igual —respondió Juliana— todo me da igual.

- Si decides sentir, tu vida no te dará igual -continuó el hada madrina- podrás reír con tus amigos cuando jueguen, abrazar a tu familia como ellos lo hacen contigo y también sentir una tremenda alegría, pero debo advertirte

que, también llorarás en ocasiones, como seguramente lo has visto en las personas que te rodean; lágrimas bajarán de tus ojos algunos días; algunas cosas te molestarán, no tendrás una vida siempre en calma. A veces mucha alegría, en otras, mucho dolor... molestia, enfado, emoción ... es una mezcla sin fin, pero tú debes decidir: sentirlo todo o no sentir nada ¡JAMÁS!

Uhmhhh, está bien, qui... qui... quiero sentir —respondió Juliana un poco insegura.

Luces de todos los colores rodearon la habitación de Juliana y el hada madrina nuevamente desapareció.

Juliana regresó a ver a su familia, que se encontraba cantándole la canción del feliz cumpleaños, y comenzó a sentir algo muy extraño en su corazón; era como si una magia rara se apoderara de ella y la obligara a sonreír, y así fue, ¡su primera sonrisa!

Corrió emocionada y, al hacerlo tan rápido, tropezó y cayó al suelo y, también por primera vez, sintió dolor y lágrimas cayeron por su rostro, pero pasaron unos minutos y ese dolor pasó también.

- ¿Qué me pasa? – dijo Juliana – siento cosas muy, MUY, MUY extrañas.
- Estás sintiendo – le dijo mamá, temerosa de su reacción; esta es la vida real – completó Sarah.
- ¡Es genial! —exclamó Juliana— antes todo era muy aburrido.

Muy emocionada, Juliana se recostó en los brazos de sus padres y ahí sintió que la mejor calma solo podía obtenerla viviendo; y, para vivir, tenía que sentirlo todo.

Pasaron los años mientras que Juliana se sorprendía con los colores de las flores, miraba paisajes hermosos y una fuerte emoción la invadía, llenando su corazón. Podía decirles ‘te quiero’ a las personas por las que sentía amor, pero no, no vivió feliz para siempre, a veces se lastimaba, sentía tristeza, también rabia o enojo, pero valía la pena; solo así podía sentir emoción; solo así podía vivir con el encanto de sentir.

Fin.